

LA BATALLA DE CHORROS BLANCOS

Humberto Barrera Orrego

A menos de diez kilómetros de Yarumal, por la vía que lleva a Campamento, se encuentra la vereda de Chorros Blancos. Casas blancas, como de pesebre, rodeada de cafetales, plataneras y cañaduzales, salpican las laderas que resbalan hacia el río Nechí. Allí se encuentra el hermoso fenómeno natural denominado **Puente épiedra**: a lo largo de unos 600 metros, las aguas del río se pierden literalmente bajo un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos, igual al que relumbra en la primera página de "Cien años de Soledad". En el lugar donde desaparece, tragado por las troneras que las aguas mismas han labrado durante los milenios, el Nechí parece un jaguar iracundo que ruge y da zarpazos antes de ser engullido por la inmensa anaconda de piedra que serpentea por entre cañaverales, bejucos y peñascos coronados de orquídeas silvestres. Corre tan hondo que hay lugares donde ni siquiera se alcanza a sentir su furor subterráneo. Siguiendo su curso hasta la margen opuesta de la quebrada de Chorros Blancos, hay unas lomas que barre el viento, sembradas de espigas de rabo-de-zorro, de guayabos caturros, de tirsos de diminutas orquídeas bermejas, de torpes esponjas de roca volcánica, de vasos desechables y latas de gaseosa. Bajo franjas de cielo de tarjeta postal, libélulas, saltamontes, escarabajos y mariposas exponen al sol sus broches de pedrería. Sobre una eminencia del terreno se levanta el obelisco desvaído que evoca la batalla librada hace casi 180 años en el cerro más alto de estos parajes ociosos y codiciosos que le arrancaron las cadenas de hierro y los bronce conmemorativos, sigue en pie al sol y al agua como un centinela insobornable.

ANTECEDENTES

A mediados de agosto de 1819, en algún lugar del camino entre Santafé y Honda, se cruzaron dos correos de posta con cartas que se ocupaban del mismo asunto: el teniente coronel José María Córdoba,

que había ido al puerto sobre el Magdalena con el estado mayor patriota en persecución del virrey Sámano, solicitaba de Bolívar la gracia de libertar su Antioquia nativa. El general Carlos Soublotte, por su parte, le escribía a Córdova: "Su Excelencia (El Libertador) destina a usted a **libertar** la provincia de Antioquia" (subrayado por mí). Córdova salió al mando de 168 hombres por el río Magdalena, pasó por Nare, Marinilla y Rionegro, y llegó a Medellín el primero de septiembre a posesionarse como gobernador militar de la Provincia. Pocos días antes, el gobernador español Carlos Tolrá había huído de la capital por la ruta de Yolombó. El nuevo gobernador, que apenas tenía veinte años de edad, emprendió de inmediato la organización de la administración pública, las finanzas y las fuerzas militares.

Durante la celebración de las fiestas de los Santos Inocentes en Rionegro, el caballo de Córdova se encabritó con el estallido de los voladores y triquitraques y lanzó a su jinete por las orejas. El joven gobernador se golpeó la cabeza, perdió el conocimiento y pasó muchos días con fiebre alta y delirios. Llegó a temerse que moriría o quedaría loco. A mediados de enero fue recuperando poco a poco el sentido, aunque todavía no podía levantarse de la cama.

A finales de noviembre, el ex virrey Juan Sámano había dispuesto en Cartagena "una expedición para restaurar la provincia de Antioquia". El coronel Francisco de Paula Warleta marchó al frente de unos 500 veteranos del regimiento "León", entró por los ríos Cauca y Nechí y se acuarteló en Zaragoza, para continuar con el grueso de sus tropas hacia Cáceres. Remontó las ásperas vertientes de la Cordillera Central, y después de varios días de marcha plantó sus toldas en Yarumal el primero de febrero de 1820 con 125 fusileros. Mientras llegaba el resto de sus hombres envió una avanzada a situarse en Cañaveral (hoy Campamento) y un destacamento a ocupar el cruce del río Pajarito con el camino que va de Angostura a Cañaveral.

Pocos días antes, el coronel español Sebastián de la Calzada había tomado por sorpresa la ciudad de Popayán. Los realistas intentaban trazar una línea de fuego entre Quito y Cartagena para dominar los

ríos Magdalena, Cauca y Atrato y los puertos del Caribe y el Pacífico: querían apoderarse de la mitad occidental de la Nueva Granada para recuperar la otra mitad, perdida en la batalla del 7 de agosto anterior.

· Córdova ya había enviado el subteniente Polo Jaramillo a Yarumal para que espiera los movimientos del enemigo. Días más tarde comisionó al capitán de ingenieros Juan Antonio Gómez para que detallara los puntos militares que encontrara en cercanías del camino de Cáceres.

Córdova salió de su cuartel general de Barbosa el jueves 3 de febrero con destino a Santa Rosa de Osos, "En silla de manos, sin ver bien", como dice él mismo en carta al general Santander. Comandaba una división compuesta por el segundo batallón de cazadores de Antioquia, llamado "Girardot" (cuatro compañías de cien hombres cada una), 200 voluntarios y 25 jinetes llaneros. Los oficiales vestían chupa azul con cuello, puños y vueltas rojos, pantalón blanco ajustado, botas altas, chacó de vaqueta, todo con adornos amarillos. Los soldados, chaqueta de paño azul con cuello y puños rojos, pantalón de lona blanca y chacó como el de los oficiales. Estuvo en Santa Rosa entre el 4 y el 10 de febrero. Este día envió 100 soldados voluntarios a Cuivá para despistar a los realistas, y él marchó con el batallón y los voluntarios restantes hacia Angostura. Pernoctaron en el paraje de La Culebra.

El viernes 11 de febrero, la segunda compañía se separó de la división y se internó por una trocha para batir la retaguardia de una fuerza de unos ochenta hombres (en realidad eran muchos menos) que ocupaban a Angostura. El grueso de la división patriota los desalojó, y ellos fueron a unirse a la partida que acampaba a orillas del río Pajarito. Los veinticinco componentes fueron batidos y aniquilados por la segunda compañía. Sólo logró escapar Benito Urdaneta, el oficial que los mandaba. En el alto de Cañaveral hubo un segundo enfrentamiento, en el cual murió el sargento venezolano Osos, de las fuerzas patriotas, y cinco soldados resultaron heridos. En aquel punto pernoctó la división.

LA BATALLA

Al amanecer del sábado 12 de febrero, Córdova salió de Cañaveral al frente de dos compañías, con la intención de cortarle el paso al enemigo. Pero Francisco Misas, el baquiano que los guiaba, extravió el camino.

A eso de las dos de la tarde, los efectivos de la segunda compañía patriota, que iban por otro camino, avistaron a unos 100 hombres de Warleta, atrincherados en el cerro más alto de Chorros Blancos. Apoyada por los 25 jinetes de los Llanos de Apure, la segunda compañía formó la vanguardia y rompió el fuego, haciendo retroceder al enemigo desde la mitad de la ladera hasta la cumbre. Los realistas se rehicieron de inmediato y rechazaron a los republicanos hasta el pie del cerro. En ese momento se presentó Córdova con el resto de la fuerza y ordenó que dos compañías cargaran de frente, a la bayoneta, por la derecha y el centro de las casi inexpugnables posiciones enemigas. Obraron con tal intrepidez que algunos de los oficiales del rey no tuvieron tiempo ni de montar sus cabalgaduras para huir. Entre tanto, una partida salía a cortarles la retirada.

El primero en conquistar la altura fue el subteniente Pedro Carrasquilla, ayudante segundo de la comandancia. El combate duró apenas una hora. Cuatro oficiales españoles y cerca de treinta soldados venezolanos con sus fusiles cayeron en poder de los patriotas. Estos pernoctaron en el lugar de la acción, mientras el enemigo se replegaba en el paraje de El Mortiñal y huía en dirección de Cáceres.

El domingo 13 de febrero llegó la división a Yarumal, de donde marchó la segunda compañía al mando del capitán José Aguilar en persecución del enemigo (durante dos días nada más, pues se temía una invasión por el sur del país). Los patriotas lograron capturar doce efectivos realistas. Entre tanto, los voluntarios que habían quedado en Cuivá se reunieron en Yarumal con el grueso de la división.

CONSECUENCIAS

Las montañas antioqueñas se interponían a manera de compuerta reguladora del flujo de recursos entre los puertos de la costa atlántica y el Perú, y viceversa; dominar a Antioquia era dominar la Nueva Granada. Con su agudeza habitual, Córdova y Bolívar así lo comprendieron. Una vez dueños de Antioquia, lo demás era cuestión de desalojar a los españoles del bastión de Cartagena y barrerlos después de sus fuertes enclaves de los Andes peruanos. Lo primero se logró con la campaña de la costa atlántica. Lo segundo tuvo una brillante culminación, casi cinco años después de Chorros Blancos, en la batalla de Ayacucho. Por un capricho de la fortuna, Córdova tuvo el privilegio singular de participar como protagonista de primer orden en estos tres acontecimientos decisivos.

Chorros Blancos constituye, pues, para la región de las cordilleras Central y Occidental, lo equivalente de la batalla de Boyacá. Si Córdova hubiera sido derrotado en Yarumal, no sólo Antioquia sino todo el territorio de la América tropical andina, de Bolívar a Venezuela, habría caído sin remedio en poder de los peninsulares. Esta verdad elemental cayó en el olvido durante muchos años. Es preciso recuperarla y darle realce para que en adelante la memoria de Chorros Blancos sea honrada y exaltada con la solemnidad que le corresponde.

TRADICIONES Y VESTIGIOS

En Yarumal se siente palpar esa memoria. Una tradición quiere que Warleta haya dejado, durante su fugaz permanencia en la población, un hijo ilegítimo, Javier de Porras, que llegaría a ser tronco de una familia notable. Se dice también que el subteniente Salvador Córdova, abanderado del batallón "Girardot", se batió con tal denuedo que una bala llegó a romperle el asta de la bandera. Las "Genealogías de Antioquia y Caldas" refieren, a su vez, que Córdova hizo fusilar a don Manuel Rada "por el delito de ser español". (El abogado Andrés Rivera Tamayo llama José Miguel de la Rada al mismo señor y lo titula alcalde chapetón). Don José Giraldo Bernal, yarumaleño de viejo cuño, señala

que la ejecución tuvo lugar ante una enorme peña que había en un rincón del parque principal, diagonal a la antigua casa cural: hubo necesidad de dinamitar dicha peña para darle lugar al andén de la escuela "Rosenda Torres". Hacia 1987, un campesino que labraba una sementera en la vereda de Chorros Blancos sintió que su azadón daba contra algo metálico: resultaron ser dos o tres guarniciones de sable, ultrajadas por la tierra y el tiempo, las mismas que fueron a parar por cualquier miseria a manos de un coleccionista de Medellín.

Se han encontrado así mismo viejas piezas de artillería y algunas bayonetas enmohecidas en cercanías del lugar del combate. Don Germán Rivera Builes dice que el comandante Córdova se alojó en casa de don José Rivera Escobar, uno de los primeros pobladores de Yarumal, pues la mujer de éste, doña Isabel Villegas Piedrahíta, era oriunda de Rionegro y pariente lejana del Héroe. La casa del matrimonio Rivera Villegas probablemente quedaba en la calle 21 entre carreras 18 y 19, conocida hace tiempos como la Calle de los Riveras. La losa sepulcral de doña Isabel, quien alcanzó la edad de noventa y ocho años, reposa en el Museo Tradicional "Monseñor Rueda" de Yarumal.

FALTA UN MONUMENTO DIGNO

En discursos pronunciados en el campo de Chorros Blancos con ocasión de los 175 años de la batalla, el doctor Orlando Montoya Moreno, de la Academia Antioqueña de Historia, dijo ante el gobernador del Departamento y diferentes personalidades de la cultura, la historia y la política, que Chorros Blancos era un altar de la patria como Boyacá, y sin embargo carecía de monumentos conmemorativos, "aunque valdría la pena tenerlos". El 23 de marzo siguiente, la Asamblea Departamental, mediante la Ordenanza 11, consideró deber de todos los antioqueños rendir testimonio de admiración y gratitud a José María Córdova, "el héroe símbolo de la raza antioqueña, ejemplo de patriotismo y entrega por la causa de nuestra independencia"; dispuso que en memoria de la batalla en referencia, "el Gobierno Departamental construirá en el sitio de Chorros Blancos un parque ecológico y erigirá un gran monumento que destaque no sólo el suceso, sino la figura de

nuestro más preclaro héroe, el general José María Córdova", y declaró de interés público la adquisición de los terrenos necesarios para la construcción de dicho parque, además de facultar al Gobernador del Departamento para contratar los empréstitos, abrir los créditos adicionales y efectuar los traslados presupuestales necesarios para el cumplimiento de la Ordenanza, cuya vigencia es de cinco años contados a partir del 15 de marzo de 1995, fecha de su sanción. Hay un proyecto notable, elaborado hace unos quince años por el Maestro Rodrigo Arenas Betancourt para la Academia Militar de Cadetes "José María Córdova", de Bogotá. Hay unos terrenos bien habidos que pueden albergar el parque y el monumento que contempla la Ordenanza. Hay una gran expectativa de todos los antioqueños por la proximidad del segundo centenario del natalicio del general José María Córdova. Tan sólo falta que el señor Gobernador diga "Cúmplase". Y entonces el general José María Córdova tendrá en Chorros Blancos, como los tiene en Concepción, en Rionegro y en el parque Boston de Medellín, un monumento digno de su gloria y del empuje del pueblo antioqueño.

Fuentes:

- Botero Saldarriaga, Roberto. "General José María Córdova". Medellín, Bedout 1970
- Forero, Manuel José. "Narraciones Históricas Curiosas". Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1972
- Moreno de Angel, Pilar. "Correspondencia y documentos del general José María Córdova". Vols. I-IV. Bogotá, Kelly, 1974
- Piedrahíta Echeverri, Javier, Pbro. "Monografía de Chorros Blancos". Medellín, Imprenta Departamental de Antioquia, 1972
- Posada, Eduardo. "Biografía de Córdoba". Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1914
- Restrepo Sáenz, José María. "Gobernadores de Antioquia". Vols. I-II, Bogotá, Imprenta Nacional, 1931, Lumen Christi, 1970